

EL JERSEY

Cogí el jersey y de repente rescaté “La historia”.

Recordé como una tarde de abril, entre risitas, me probaba prendas con Lucía.

Teníamos pase vip, puesto que era la tienda de la hermana melliza de mi amiga.

Así que desbaratamos el sombrerito que había colocado en el escaparate, lo cogió Lucía y ¡¡¡como lo lucía!!!...¡ menuda tía! ...

A mí me quedaba de pena, todo hay que decirlo, pero eso provocó risas.

Gozamos como dos féminas desatadas sin temer a tocarlo todo, posamos nuestras manos por cada una de las bisuterías, sacamos pañuelos, bolsos, zapatos...Lucía y su hermana me iban explicando las colecciones, ¡estaban puestísimas en marcas! no como yo.

Finalmente caí en la tentación y me hice con algunas cosillas aunque mi compra maestra fue aquel jersey, punto de inflexión en mi historia de hoy.

El artículo era de marca y me costó una pasta, pero había cobrado y bueno, aquel jersey, en aquella vitrina colocadito con ese gran “YES!” en el pecho, estaba diciéndome: *¡cómprame!*

Y así fue como llegó a mis manos, porque cuando un objeto me habla...básicamente, tengo que comprarlo.

Aquel jersey fue a dar con gran devoción a mi cajón, el mejor cajón, ¡jojo! porque me había costado un cojón y eso se merecía estar entre algodón.

El primer día que me lo puse todo fue puro éxtasis. Era una prenda excesivamente ancha a la que yo no acostumbro (tampoco es que sea de licras pero me gusta marcar al menos la cintura) y mi primera impresión fue una liberación absoluta.....lba yo sintiéndome toda bella y cantando: Yes, yes, yes... no se traslucían rosquitas y -además - aquel tacto, un hilo fino parecido a la seda, era delicia en la piel.

Se pasó la fiebre inicial del jersey, el me lo pongo hasta para... eso, y al poco volví a buscarlo. Era una apuesta segura a la comodidad, al tiempo que ese

YES! me iba conquistando lentamente. Cruzaba una duda por mi cabeza y el jersey me respondía:

-YES!, *jamía*.

Él siempre tan positivo.

Curiosamente, aquella prenda se fue convirtiendo en LA PRENDA, en mi saquito de lana y optimismo, una mascota de lo más casual.

Cierta mañana que fuí a buscarlo para ir a pasear, descubrí para mi asombro que lucía una pequeña mancha justo debajo de la Y.

– yyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy esoooooo?????....cagüennnnnnn....10-exploté.

Era una mancha minúscula, que intuí podría ser de puré del bueno, del que hago yo para que mis nenes engorden como bichitos.

La cosa no me preocupó en demasía, siendo potito se iría. Lo lavaría la tonta y santas pascuas. Pero no sucedió así.

La mancha permaneció, lo menos hasta San Martín. Es más parecía que ni hubiera pasado por lavandería.

¿Y ahora? ¿Qué haría?

A partir de aquel momento comenzó lo que yo llamaría una serie de catastróficas desdichas lavanderas que abarcaron desde el poder antimanchas, oxi acciones hasta limones, leches y castañas. Recetas caseras las llaman.

Al final, nada. La mancha era indestructible. Así que fui a mi último recurso: la madre que me parió. Le llevé el problema y solicité colaboración.

Ni que decir tiene que para esto las madres siempre son canela tostada y se ofrecen salerosas a demostrarles a sus hijas el peso de la experiencia. Yo confiaba en su poder, nunca fallaba, mi madre era la genia de la que *Mister Proper* tomó ejemplo.

Días más tarde apareció por casa, su cara cabizbaja ya iba anticipándome la respuesta y el jersey terminó por confirmármelo: YES!

-¡No puede ser!

-Es.

Y hubo unas cuantas palabras más pero no os quiero aburrir con detergentes.

Estaba confundida, pero mi cabezonería me hizo comprar un producto detrás de otro para erradicar la puñetera mancha, que era chica, pero mis ojos cada día veían más y más grande.

Estaba ciega con aquello, y el jersey y su mancha me decían YES! y yo decía NOOO!...y empezamos a batallar y a enzarzarnos en una guerra inentendible, absurda por chorra.

Y ya no era mi mascota, ya era la oveja pestilente que había sido convertida en jersey horrendo con mensaje en suajili.

No llegamos a ningún puerto. Gastamos detergentes, dinero, esperanzas.

Y lo dejamos.

Y yo escondí aquel jersey en lo más profundo de mis cajones porque no quería verlo. Detectar su mancha era detectar mi fracaso, mi imperfección.

El tiempo paso mudo hasta acumular polvo sobre los armarios y exigir limpieza a gritos.

Y ese jersey salió a la luz.

Al aparecer me di cuenta que ya no había mancha alguna.

Producto de mi imaginación o insólito milagro allí estaba la prenda maldita, la "etiquetada" como desechable, impecable como cuando se compró.

¿Qué ha pasado aquí? – me pregunté.

Pero el jersey solo respondió YES!

Dunkha

